

daba Pánfilo de Narvaez, y de los sucesos que tuvieron lugar desde su arribo al puerto de San Juan de Ulúa, hasta que Sandoval envió á su jefe los emisarios que se acercaron á hablarle en nombre de Pánfilo de Narvaez.

CAPITULO LXV.

Un embajador poco diplomático.



DEJEMOS á Pánfilo de Narvaez encargado por Diego de Velazquez de apoderarse de Hernan Cortés.

Blanca se habia vengado con la mayor generosidad del hombre que despues de inspirarle un amor vehementísimo, le habia confiado que no podia amarla.

Pánfilo de Narvaez abandonó las costas de Cuba resuelto á cumplir sus deberes como militar, y al mismo tiempo la promesa que habia hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Diego de Velazquez incitaba al jefe de la escuadra, con palabras corteses, que procurase prender á Hernan Cortés y se lo remitiese con buena guardia para que recibiese el castigo que merecia; que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se doblegaba á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado.

—«Tuvieron aviso de esta resolucion, dice Solís, los religiosos de San Jerónimo, que presidian la real audiencia de Santo Domingo con suprema jurisdiccion sobre las otras islas, y previendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Velazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego de Velazquez.

«No bastando los medios suaves, le ordenó que le intimase las instrucciones que llevaba, mandándole con graves penas que

desarmase la gente, deshiciese la armada y no perturbase ó pudiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so pretexto de pertenecerle por cualquiera razon ó pretexto que fuese; y que dado que tuviese alguna que-rella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura su justicia por los trámites regulares.»

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo y siete poco más que bergantines, unos y otros de buena calidad.

Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente.

Procuró reducirle, sirviéndose amigablemente de -
ziones le ocurrieron para detenerle y confiarle.

Dióle á conocer lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, interesados ya en defender sus mismas utilidades los soldados que le seguian; el daño que podria resultar de que viesen aquellos indios belicosos y recién conquistados una guerra civil entre los españoles; que si por esta desunion se perdiese una conquista de que ya se hacia tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los que más le favorecian.

Púsose de parte de su justicia para persuadirle á que la pidiese, donde se miraria con deferente atencion, si no la desacreditare con aquella violencia.

Y últimamente, viéndole iucapaz de consejo, porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, paso á lo judicial; manifestó sus órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes roquerimientos y protestas.

Pero nada bastó á detener su resolucian, porque soñaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de

no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfia la inobediencia.

Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente, por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viaje con apariencias de curiosidad, á que accedió fácilmente Diego de Velazquez, porque llegase más tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió embarcarse con gusto y estimacion de todos; resolucian, que bien que fuese de su dictámen, ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos españoles.

Persuadióse con bastante probabilidad á que seria más fácil de conseguir léjos de Diego de Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narvaez, y aunque fué su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso: que los sucesos, por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones.

Embarcóse tambien Andrés de Duero, aquel secretario de Velazquez que fevoreció tanto á Hernan Cortés en los principios de su fortuna.

Dicen unos que se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas, acordando el beneficio; y otros que fué su intencion mediar con Narvaez y embarazar en cuanto pudiese la ruina de su amigo, á cuyo sentir nos aplicaremos ántes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Apenas llegó la armada al puerto de San Juan de Ulúa, dispuso Pánfilo de Narvaez que desembarcasen algunos soldados y entre ellos su leal servidor Iñigo.

Encargóle muy particularmente que se informase de lo que pasaba, y volviera en breve á comunicárselo; no tardaron en hallar en la playa á dos ó tres españoles de los que formaban parte de la guarnicion de Veracruz.

Abrazáronse cordialmente, y los emisarios de Narvaez comenzaron á ncticiarles lo que pasaba.

Contaron los soldados de Hernan Cortés grandes maravillas acerca del imperio de México, ponderando el éxito de las batallas en que habian tomado parte y los triunfos que Hernan Cortés, sus capitanes y sus soldados habian conseguido, y las brillantes jornadas que habian empleado en llegar á México.

Con todas estas noticias regresaron á bordo Iñigo y sus camaradas, y los soldados de la Veracruz buscaron á Sandoval para darle cuenta del encuentro que habian tenido.

No esperaba Pánfilo de Narvaez llegar tan tarde.

Creía que los españoles no habrian podido abandonar las inmediaciones de la costa, porque tenia noticia de la fiereza de los habitantes de aquel país; y al saber que Hernan Cortés habia llegado á México, y sostenia relaciones amistosas con el emperador Moctezuma, desmayó un tanto, creyendo que no seria tan fácil el éxito de la empresa que le habian encomendado.

Desde luego pensó que lo que le convenia era ganar á su favor á los soldados que habia dejado Cortés en Veracruz, guarneciendo la colonia, y para conseguir este objeto eligió á un clérigo que llevaba en su compañía, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de carácter enérgico, atrevido y con muy poco de las virtudes que reclamaban su condicion.

Para que los soldados de Hernan Cortés le franqueasen el paso sin recelo alguno, no le dió por escolta más que tres soldados, y por compañero al escribano real, para que diese fe de todo lo que en aquella negociacion aconteciese.

Al dia siguiente desembarcaron muy temprano Guevara, el

escribano y los tres soldados y se dirigieron hácia la colonia de los españoles.

Hombre prevenido Sandoval, estableció centinelas y espías que le avisasen de cuanto hicieran los españoles que habia visto á bordo, y al saber por ellos que no se dirigian á visitarle más que cinco personas, dispuso que se les franqueasen las puertas de la ciudad y que fuesen conducidas á su morada.

Recibióles, en efecto, Sandoval con la mayor cortesía, estrechó la mano del escribano y del clérigo, y les manifestó la inmensa alegría que experimentaba al ver tan léjos de su país compatriotas, lo que debia sin duda á la bondad de la Providencia.

Ruiz de Guevara, sorprendido de aquella finura, no sin contenerse, porque era hombre rudo y poco dado á melindres de la urbanidad:

—Pláceme, dijo á Sandoval, que nos dispenseis tan buena acogida. Pero mucho me temo que al saber el objeto de nuestra llegada á estas costas mudeis de parecer, si es que no reconocéis, como espero, la justicia que nos asiste.

—Vos direis, señor clérigo, cuál es la mision que os han confiado.

—La que nosotros hemos recibido es secundaria. Obedecemos al jefe de la escuadra que teneis á la vista, al capitán Pánfilo de Narvaez.

Pero él á su vez obedece al gobernador de Santiago de Cuba, nombrado adelantado por el rey Carlos V (que Dios guarde), y siendo don Diego de Velazquez quien nos envía, no lo hace para favorecer á Hernan Cortés.

—Así lo creo, y lo siento en el alma, porque nuestro jefe, Hernan Cortés, ha cumplido hasta ahora con todos sus deberes, y con su pericia y su valor ha llevado á cabo conquistas que eternizarán su nombre y que honran á la patria, que está llamada á recoger el beneficio de sus triunfos.

—Vuestras palabras, añadió el clérigo, hacen más difícil mi misión, porque veo que teneis á Hernan Cortés en gran concepto.

—¿Cómo no, si he compartido con él todos los peligros de la expedición, y he tenido ocasión de admirar el temple de su alma?

—Pues bien: de todos modos, he de deciros el objeto de mi venida.

Pánfilo de Narváez trae orden terminante de apoderarse de la persona de Hernan Cortés y de reclamar para Velazquez obediencia en todos los capitanes que puso á sus órdenes al preparar la expedición de Santiago de Cuba.

Once navíos de alto bordo, y siete más pequeños, traen á esta tierra fuerzas suficientes para someter á Hernan Cortés y á todos cuantos le acompañen á la jurisdicción del gobernador de Santiago de Cuba.

Pánfilo de Narváez es hombre enérgico, y cumplirá las órdenes que ha recibido.

Pero como al fin y al cabo es español como vos, conoce que no es vuestra la culpa, y desea evitar una guerra fratricida, ha pensado que yo, por el ministerio que ejerzo, podría evitar la efusión de sangre, llevando á vuestro ánimo y al de todos los capitanes de Hernan Cortés el convencimiento de la razón que asiste á don Diego de Velazquez para castigar al hombre que ha faltado á sus más altos deberes.

Sandoval permaneció silencioso algunos instantes.

—Es decir, exclamó, que venís á proponerme una mala acción.

—No tal; vengo á ofrecer os vuestro bien.

—¿Creeis por ventura que es mi bien ser desleal al generoso caudillo que tanta gloria ha alcanzado para todos los que hemos formado parte de la expedición?

—¿Y no será mayor gloria para vos evitar el terrible espec-

táculo de una lucha sangrienta en estos dominios, que por lo que decís, tienen tan alta idea de los españoles?

—No seremos nosotros los que la provoquen.

—Pero Pánfilo de Narváez no tendrá más remedio que provocarla.

—Nos hallará dispuestos á resistirle.

—Eso se dice, pero no siempre se hace. Nuestras tropas son leales, están resueltas á pelear por la razón y por la justicia.

Así, pues, aceptad mi proposición, resignad el mando en Pánfilo de Narváez, y pasad con vuestros soldados á sus filas.

—Pues ved lo que son las cosas, dijo Sandoval; yo creo que lo que procede en este caso es que Pánfilo de Narváez, uniéndose á nosotros con su ejército, contribuya á consolidar el magnífico triunfo que las armas españolas han llevado á cabo en este imperio.

—¿Es decir que preferís la guerra á la paz? exclamó el clérigo.

—Lo único que puedo deciros, es que no hay uno solo de los españoles que han venido á México con Hernan Cortés, que no prefiera mil veces morir á pasarse á las filas de sus enemigos.

El clérigo, que hasta entonces habia hecho los mayores esfuerzos para contenerse no pudo resistir la demostración de lealtad que hacia Sandoval en favor de Hernan Cortés, y exclamó fuera de sí:

—¿Por ventura merece un miserable aventurero como él el leal aprecio que haceis de su persona?

¿Qué hubiera sido sino un pobre soldado si no hubiese puesto sus ojos en él don Diego de Velazquez, encumbrándole más alto de lo que merecía?

Bien debia presumir que hallaria semejanza de pago, porque los que tienen alma pequeña no saben nunca corresponder á las

bondades de que son objeto. Por mi parte, le declaro traidor, desleal, indigno del nombre de español.

—Reportaos, le dijo Sandoval. Ved que delante de mí no se ofende impunemente á Hernan Cortés.

—Valeos de la fuerza si quereis, porque somos pocos aquí. Pero miéntas no pongais mordazas en mi boca, repetiré lo que he dicho; y aun haré más.

Me acompaña un escribano real: le notificaré que deseando evitar la guerra, os he hecho amistosas proposiciones en nombre de Pánfilo de Narvaez; él dará fe de que las habeis desoido, y vos y los que os opongais á los designios de mi jefe sereis cómplices de lo que suceda.

Y dirigiéndose al escribano:

—Tomad nota en seguida de cuanto acabais de oír, añadió.

—Yo mando aquí, respondió Sandoval, y si se atreve el escribano á hacer esa notificacion, hago poner una horca y le cuelgo de ella.

Solo órdenes del rey son las que acato.

No reconozco en Diego de Velazquez, en Pánfilo de Narvaez, ni en vos ni en nadie, derecho alguno superior al que tiene Hernan Cortés.

Sandoval guardó un momento de silencio.

—Eso quien lo verá, añadió, reportándose, es Hernan Cortés, á cuya presencia vais á partir inmediatamente.

—¿Qué decís?

—Digo que vos y todos los que os acompañan quedais en mi poder.

—Semejante atentado....

—Estoy en mi derecho.

—¿Esto es un atropello!

—Esto será lo que gustéis; pero sois prisioneros míos, y como el juez que debe juzgaros es Hernan Cortés, vais á salir

inmediatamente para ser conducidos á su presencia, custodiado por parte de las fuerzas que tengo á mis órdenes.

—Ved lo que haceis, que puede costaros caro, dijo el clérigo.

—Cumpló con mi deber, y estoy tranquilo, repuso Sandoval con entereza.

Los soldados no hicieron resistencia, y aquella misma tarde, despues de enviar el mensajero que llegó ántes que ellos, dispuso que fueran llevados á México y presentados á Hernan Cortés.



CAPITULO LXVI.

Donde Cortés enseña diplomacia a un embajador.

Como estaba prevenido Hernan Cortés antes de recibir á los prisioneros que le enviaba Sandoval, tuvo tiempo de meditar la conducta que observaria con ellos.

Por de pronto, lo primero que hizo para contar siempre con el apoyo de sus capitanes, fué referirles lo que pasaba y sondear de nuevo sus intenciones, para ver hasta qué punto podia contar con ellos.

El peligro era comun, porque al fin y al cabo, lo mismo Diego de Ordaz y Velazquez de Leon, que los demas capitanes, habian desobedecido las órdenes de don Diego de Velazquez; por consiguiente, las instrucciones que les enviaba no debian ser muy lisonjeras si es que Hernan Cortés se negaba á caer en su poder.

Por otra parte, durante las etapas de aquella revolucion se habian acostumbrado á mirar como un ídolo á Hernan Cortés, y á sus preguntas respondieron todos:

—Lo que hemos dicho en otras ocasiones, repetimos ahora. Dispuestos estamos á perecer con vos, antes que entregarnos, y mucho ménos entregarnos á los emisarios de Velazquez.

—No basta que nos libremos de ellos, contestó Hernan Cortés; son nuestros hermanos, pueden prestarnos grandes servicios, si conseguimos que vengan á nuestro partido, si deslumbrados por la gloria que hemos logrado conquistar, les persuadimos de que es mucho mejor luchar unidos por la causa de la

patria, que intentar una lucha fratricida y de fatales consecuencias para todos.

Yo espero de un momento á otro los prisioneros que me envía Sandoval.

Exploraré su ánimo, averiguaré las intenciones que agitan al capitán de expedición Pánfilo de Narvaez, y si las buenas palabras y las buenas obras no bastan, si se obstinan en darnos la batalla, la aceptaremos.

Como la llegada de los prisioneros debia llamar la atención en México, creyó que era de todo punto necesario, para no perder el prestigio de que gozaba, apresurarse á dar conocimiento de lo que ocurría á Moctezuma, y sobre todo preparar la opinión en México para los acontecimientos que tuvieran lugar.

Dos eficaces auxiliares podian servirle en aquella ocasion: Marina é Ilbialbi.

La primera podia referir una fábula á Moctezuma, y no solo satisfacer su curiosidad, sino predisponerle más y más en favor de Hernan Cortés.

El segundo podia satisfacer la curiosidad de los mexicanos de una manera que no perjudicase á los españoles.

Más tarde veremos á Marina hablar con Moctezuma y á Ilbialbi con los mexicanos.

Presenciamos ahora la entrevista del clérigo Guevara con Hernan Cortés.

Conducido á presencia del caudillo de los españoles, salió éste á su encuentro, y tendiéndole la mano:

—Mal interpretan mis órdenes mis capitanes, dijo. ¡Un español prisionero! ¿Cuál es la causa? ¿Por qué viene en este estado?

¿Quién os ha dado orden, añadió, dirigiéndose á Pedro de Solís, para aprisionar á nuestros compatriotas?

Esta exclamacion contuvo algun tanto la ira que llevaba encerrada en su pecho el clérigo Guevara.

— Hemos cumplido las órdenes del capitán Sandoval, dijo el cabo Solís.

— ¿Qué delito han cometido estos españoles para llegar á mi presencia en semejante estado?

— El capitán os lo participa en este pliego, añadió Solís, entregándosele.

— Bien está, contestó Hernán Cortés. Soltad á los españoles y dadles abundante comida y gracioso hospedaje.

En cuanto á vos, os ruego que os quedeis á mi lado para darme cuenta de lo que ha pasado ántes de que lo lea en el escrito de Sandoval.

Los soldados y el escribano real fueron conducidos adonde estaban los capitanes, y por orden de Hernán Cortés agasajados en extremo.

Guevara y el jefe de los españoles quedaron solos.

— Ante todo, exclamó Hernán Cortés, permitidme que excuse la intolerancia del capitán que os ha mandado prender, y la falta de respeto que se ha cometido tratando de este modo á un eclesiástico.

No esperaba Guevara aquel trato tan afectuoso, y como lo que deseaba era hallar severidad y energía en Hernán Cortés para contrarrestarla; como se había preparado para una situación fuerte, al encontrarse con un hombre afable, cariñoso, comedido, galante hasta la exageración, no supo qué hacer.

— Leed el documento que os envía el capitán Sandoval, contestó al fin Guevara, y sabreis cuál es mi pecado.

— Prefiero oírlo de vuestros labios.

— Pues bien: yo soy leal; yo no encubro mis pensamientos, yo he de deciros la verdad.

— Eso deseo.

— El gobernador don Diego de Velázquez, nombrado adelantado mayor por el rey nuestro señor don Carlos V, considera vuestra partida de la Habana desobedeciendo sus órdenes

como un desacato, como una rebeldía, y los hombres de su temple y de su corazón, no pueden consentir tamaño ultraje sin darle el debido castigo.

— ¿Por ventura he faltado yo en algo á don Diego de Velázquez? le dijo Hernán Cortés.

— Tal debe ser su opinión, cuando ha enviado una escuadra y un capitán, en cuya compañía he venido yo, sin otro objeto que el de apoderarse de vuestra persona, el de obligaros á la obediencia, y el de conducirnos á Santiago de Cuba para que respondais de las acusaciones de que sois objeto.

— ¿Y creéis que es posible conseguir todo esto de un hombre que, como yo, con un puñado de valientes, arrostrando toda clase de peligros, venciendo los, he llegado hasta México, el imperio más vasto de todos los que encierra en su misterioso circuito el Océano; creéis, repito, que á un hombre que se encuentra en mis circunstancias se le puede exigir cuenta de esa manera?

— Para exigirlos la ha venido el capitán Pánfilo de Narvaez, y me ha nombrado su emisario cerca de vuestros capitanes, á fin de que les ofrezca toda clase de consideraciones para que coadyuven como es la ley, como es deber suyo, á que seais entregado á la justicia.

— ¿Cómo os llamais? exclamó Hernán Cortés.

— Ruiz de Guevara.

— Pues bien, señor licenciado Guevara; después de arrostrar y de vencer las tempestades del Océano, al poner mi planta en esta tierra encontré numerosos ejércitos de indios bravos que se opusieron á mi paso.

La fe que me alentaba, la sed de gloria que sentía hervir en mi pecho, el deber que había contraído conmigo mismo de conseguir esta conquista para ofrecérsela á los pies del monarca más grande de la tierra, de nuestro rey (que Dios guarde) Carlos V, me alentaron, me dieron fuerza para resistir todas las contrariedades, todos los ataques de esos numerosos ejérci-

tos, y logrando infundir el valor que sentia en mi alma en los que me acompañaban, haciendo de cada soldado un héroe, pude destruir hordas inmensas de salvajes, pude ganar palmo á palmo el terreno, y contra la voluntad del poderoso monarca Moctezuma, penetrar en su terrorio, y no solo alcanzar la veneracion, el respeto, la admiracion de sus vasallos, sino que he logrado tener prisionero á ese poderoso monarca.

Pronto le vais á ver. Pronto saldreis con mis capitanes para que conozcais esta noble ciudad, cuya sola vista hubiera dado miedo en el pensamiento á los que ántes de venir á conquistarla hubieran tenido noticia de ella.

Despues de verla, despues de convenceros de lo que he conseguido, mudareis de opinion, y comprendereis que no es fácil prender como á un hombre vulgar al que con el auxilio de la Providencia tales hazañas ha llevado á cabo; y aconsejareis al capitan Pánfilo de Narvaez, á quien no conoces, pero en quien de seguro habrá consideracion para Hernan Cortés, que depoiendo todo rencor y olvidándose, en vista del espectáculo que le ofrezco, de las órdenes que ha recibido, en vez de conducirme á una lucha sangrienta, terrible para todos, se una conmigo, participe de la gloria de mi empresa, y juntos volvamos á la madre patria á ofrecerle con la conquista de este imperio la mayor muestra de nuestro amor, de nuestra gratitud.

No supo qué contestar Ruiz de Guevara á estas declaraciones, hechas con la energía, con el entusiasmo del hombre que tenia la conciencia de lo que hablaba.

Dominado por el prestigio que desde el primer momento ejerció sobre él Hernan Cortés, se dejó conducir hasta la presencia de Moctezuma, y despues visitó con Pedro de Alvarado y Diego de Ordaz los palacios, los edificios, las mil preciosidades que encerraba México.

En esta exploracion le acompañaron el escribano real y los soldados españoles del ejército de Pánfilo de Narvaez, porque

quiso Hernan Cortés que todos pudieran dar noticias á sus compañeros del espectáculo grandioso que habia ofrecido á su vista.

Al dia siguiente los llamó.

—Estais en libertad, y voy á hacer que os acompañen hasta donde habeis dejado vuestros navíos.

Decid allí lo que habeis visto.

Pronunciad las palabras que habeis oido de mis labios ante Pánfilo de Narvaez.

Interponed vuestro influjo para que se consigan mis deseos, y anunciadle que enviaré un emisario para que en nombre mio le dé cuenta oficial de mis propósitos.

Al mismo tiempo envió orden á Sandoval para que se excusase con los prisioneros y se mostrase afable y cariñoso con los soldados de Narvaez, siempre que correspondieran á estas muestras de consideracion y de aprecio.

El guerrero renunciaba á la fuerza para convertirse en hábil diplomático.